

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

FILOSOFIA

Y

LETRAS

*REVISTA DE LA FACULTAD
DE FILOSOFIA Y LETRAS*

5

ENERO-MARZO

1942

IMPRESA UNIVERSITARIA

FILOSOFÍA Y LETRAS

REVISTA DE LA FACULTAD DE
FILOSOFÍA Y LETRAS DE LA
UNIVERSIDAD N. DE MÉXICO.

PUBLICACION TRIMESTRAL

DIRECTOR:

Eduardo García Maynez.

Correspondencia y canje a Ribera de San Cosme 71.
México, D. F.

Subscripción:

Anual (4 números)

En el país..... \$7.00

Exterior..... ds. 2.00

Número suelto..... \$2.00

Número atrasado..... \$3.00

Sumario

FILOSOFIA		Págs.
		—
Clarence Finlayson	<i>Algunas Meditaciones sobre la Teoría Escolástica del Conocimiento . . .</i>	11
Oswaldo Robles	<i>Esquema de ontología tomista (III) .</i>	25
Heinz Werner	<i>Interdependencia funcional de los sentidos en el organismo</i>	35
LETRAS		
M. Berveiller	<i>Influencias italianas en las comedias de Ben Jonson</i>	51
Antonio Castro Leal	<i>Juan Ruiz de Alarcón y la moral . . .</i>	73
HISTORIA		
Benjamín Jarnés	<i>Perfil de Fernando el Político</i>	83
Arthur Prudden Coleman	<i>La cultura eslava</i>	93
RESEÑAS BIBLIOGRAFICAS		
<i>Filosofía</i>		
J. Alvarez Pastor	<i>Lecciones preliminares de filosofía. (Manuel García Morente.) . . .</i>	111
Juan Roura-Parella	<i>Las tendencias fundamentales de la filosofía actual y otros ensayos. (Domingo Casanovas.)</i>	114

	Págs.
<i>Letras</i>	
F. Carmona Nenclares	117
<i>Formación y proceso de la literatura venezolana.</i> (M. Picón-Salas.)	
Francisco Giner de los Ríos	121
<i>Literatura española. Siglo XX.</i> (Pedro Salinas.)	
 <i>Historia</i>	
José Rojas Garcidueñas	125
<i>Apuntes para la historia del origen y desenvolvimiento del Regio Patronato Indiano, hasta 1857.</i> (Jesús García Gutiérrez.)	
Rafael García Granados	130
<i>Atrios y capillas abiertas en el Perú.</i> (Enrique Marco Dorta.)	
Noticias	133
Publicaciones recibidas	135

La Cultura Eslava ¹

INTRODUCCION

“Es necesario incluir, quiérase o no, a los eslavos —dije, hace poco más de siete años, al empezar una serie de conferencias sobre este tema— en la sociedad de los linajes humanos más perfectamente conocidos, pues los eslavos son hoy no sólo la *más numerosa* raza particular en el Continente europeo y a lo largo del borde occidental de Asia, sino también la *más importante*, intrínseca y extrínsecamente y desde cualquier atalaya escogida para contemplar el porvenir de la humanidad.

“Los eslavos —añadía yo a mi público norteamericano—, a quienes comprendisteis tan poco, y, lo que es peor, tan poco cuidasteis de comprender en el pasado, son el pueblo que *posee el presente*, porque ellos son y no otros pueblos quienes *ganaron la guerra* que estableció, mediante su secuela, el Tratado de Versalles, patrón de la vida contemporánea. Fueron los eslavos quienes convirtieron la ruina de aquella guerra en triunfo, a medida que, uno tras otro, los grandes grupos de Eslavia arrebatában a las llamas voraces el valiosísimo paladio de la Libertad. Raza que tanto *consigue posee no sólo el presente —declaré—, sino también el futuro*”.

Pensaba, al formular esta osada profecía en 1934, en un mundo acaecido en que los eslavos estarían destinados a ejercer la suerte de poder que los hombres formados en la tradición occidental, educadora del albedrío, consideran más altamente, esto es, el de naturaleza política, que se

1 Primera de las tres conferencias pronunciadas por el Dr. Arthur Prudden Coleman, profesor de la Universidad de Columbia, N. Y., en la Facultad de Filosofía y Letras de la U. N. de México, los días 20, 21 y 22 de octubre de 1941.

manifiesta a través del Estado soberano. Vi avanzar, uno tras otro, en mi imaginación, a los libres, vivaces Estados soberanos eslavónicos de los años *inter bella*: Polonia, Yugoslavia, Bulgaria, Checoslovaquia, y trascendiendo a los cuatro en volumen aunque no ciertamente en fuerza dinámica, a la ingente Rusia. Había yo estado de visitante en todos esos Estados, y en todos parejamente había recibido la impresión de que no sólo *algunos* de los eslavos, como en lo pretérito, sino *todos* estaban al fin yendo a algún hito en su calidad ya general de Estados soberanos.

Pocos hubieran dudado de la validez de mis sentimientos sobre el futuro de Eslavia en aquellos días de 1934, pues los eslavos gozaban de una situación dominante en las políticas de Europa y de Asia. El "eterno conflicto" europeo, el duelo de teutón y eslavo, quedaba por el momento en suspenso, y Eslavia podía jactarse de haber salido vencedora en la última contienda.

* * *

Hoy, sólo siete años después, ¡cuán alterada está la forma exterior, política, del mundo eslavónico! Cayó un Estado tras otro, gloriosamente algunos, como en el caso de los dos de temperamento más romántico, Polonia y Yugoslavia, y los demás en confusión.

Pero, a pesar de la amarga prueba constituida por sino tan notorio, repito lo que de los eslavos dije hace siete años, antes de que la reversión pavorosa viniera a producirse. Estoy convencido todavía de que los eslavos constituyen la raza que menos podemos permitirnos descuidar. Y declaro todavía, ante la extensa retirada por parte de Eslavia, que los eslavos siguen destinados a desempeñar un papel dominante y regenerador en lo futuro. A pesar de haber pasado por alto Eslavia su gran posibilidad de ganar políticamente el porvenir —al negarse a empuñarlo dinámicamente en 1934, cuando el mayor estadista polaco, el Mariscal Pilsudski, se hubiera prestado a ello, emprendiendo una guerra preventiva—, con todo los eslavos *ganarán la era venidera*.

Y la ganarán por mera fertilidad, como conquistaron Europa para su raza en el siglo VI; sólo que esta vez su fertilidad, entonces física, será ya ideológica. Eslavia triunfará íntegramente, orgánicamente, por medio de su constante irradiación, a través de la fábrica de la sociedad humana,

de ideas e ideales, preservados, contra el propio tiempo hoy amagador, en el silente, olvidado corazón de la aldea eslavónica.

El filósofo alemán Oswald Spengler, previendo en visperas de la primera Guerra de las Naciones la muerte de la cultura occidental del albedrío, declaró que "los mil años venideros pertenecerían al Cristianismo de Dostoievski". Por tal cristianismo se refería Spengler no a un sistema de que Dostoievski como individuo poseyera el monopolio, sino al cristianismo de que era heredero como eslavo. Se refería a la antítesis del cristianismo exaltador del yo, jerárquico, paulino, cundido en nuestro Occidente. Aludía al *cristianismo fraternal* de los primeros conversos, a la *fraternidad* desarrollada entre los cristianos de las catacumbas gracias al común sufrimiento en el éxodo hacia un ideal común. Creía Spengler que los eslavos, por resultar exponentes vivos y por tanto maestros de ese tipo primitivo, aunque por tal trecho resistido, de la cultura cristiana —el fraternal—, se hallaban destinados a desempeñar un papel a ninguno pospuesto en la venidera historia de la humanidad.

¿Llevó razón Spengler? ¿Competirá a los eslavos el cometido de dejarse sentir con pujanza y reparadoramente en lo futuro y en escala internacional?

* * *

Cuando Adán Mickiewicz daba la inicial conferencia de su curso sobre *Los eslavos*, cien años ha, ante los miembros de la Academia Francesa, en el Collège de France, empezó presentando a su auditorio un panorama a vista de pájaro de Eslavia cual había sido y cual era entonces, en 1840.

"El espíritu europeo parece mantener de continuo al pueblo eslavónico en espera en el umbral, como para excluirlo de la sociedad cristiana". Estas fueron sus primeras palabras.

Pero véase qué gentes son los eslavos tan copiosas, cuán dilatadamente se hallan esparcidos por Europa, y, ante todo, *cuán tenazmente asegurados en lo suyo*:

"Setenta millones de hombres hablan algún dialecto eslavo —dijo Mickiewicz— en territorios que cubren la mitad de Europa y un tercio del Asia. . . Junto al Adriático les vemos defender su estilo de vida contra el Islam; en el Báltico, aunque a menudo aplastados por el enemigo ex-

traño, de nuevo se levantan y trepan a la cúspide. En el centro, aparece entre ambos límites el árbol eslavónico en pleno poderío, aventando ramas a levante y poniente" en tanto que "toda forma política que el hombre conozca, toda religión son en Eslavia abrazadas".

Hoy aparecen en Europa y en los hitos occidentales del Asia no setenta millones de eslavos, sino al menos ciento sesenta millones, doblando con creces el número existente en los días de Mickiewicz. Como entonces, son hoy los eslavos la raza más numerosa de Europa; y si el curso de la población en lo venidero no desdice del de los cien últimos años, seguirán siendo los de número más prolijo. Se ha predicho que allá por 1960, Europa será en un 22.3% latina, en un 26.9 germánica, y en un 50.8 eslava, de suerte que de cada dos personas una, en aquella edad, pertenecerá a esta última stirpe.

Tiene el mundo eslavo su eje en la grande espina dorsal de los Cárpatos.

"En la cima de los picos carpáticos el ave eslavónica vino a su reposo —canta el poeta polaco Brodziński—. Abriendo de par en par las alas tocó por un lado el Mar Negro y por el otro el Báltico", mientras su mirada recorría el anchuroso trecho que media entre el Elba y el Don.

Entre esos límites se halló la antigua "Slawska ziemia", el fabuloso dominio de Slawa, según el poeta. Y en ello acertaba, aunque Slawa fuera un mito, pues la tierra nativa de los eslavos en Europa, su cuna racial europea, fué ciertamente el territorio sito al norte de los Cárpatos. En la región boscosa y empantanada que se dilata al septentrión de la gran vertiente europea, tuvieron los eslavos su tierra hogareña en las centurias de su gestación cultural. A nadie llegó pormenor apreciable alguno acerca de ellos, y no hubo quien les rindiera visita, salvo, en contadas ocasiones, el mercader venido de alguna ciudad mediterránea y encaminado a la costa ambarina del Báltico. Hasta el advenimiento de la era cristiana no fueron los eslavos afectados perceptiblemente por las corrientes mundiales. Más tarde, todavía en los días de la Roma imperial, empezaron a verse desalojados de sus primitivos albergues cercados, sitios en bosques y pantanos, por la presión de migraciones godas cuya senda hacia el sudeste se hallaba junto a los linderos de sus dominios. Empezaron, pues, a enigrar aquéllos en forma de abanico desde sus lugares nativos, y hacia el siglo VI se les hallaba dondequiera en la región delimitada en

su cima por Brodziński, y desde el Mar Negro al Báltico, desde el Elba al Don.

¡Cuán diferente vino a ser la emigración eslavónica de la gótica, la huna o la avara! Los ideales del nómada son enteramente extraños al eslaviano; éste se difundió no por la guerra, sino por el cultivo del suelo.

“Cuando un poblado (*osada*) estaba repleto, los eslavos se derramaban hacia otro” —dijo Mickiewicz describiendo el avance de esta raza—. “Cuando precisaba estacar un nuevo poblado, los ancianos escogían el lugar, y llevando un par de bueyes, uno blanco y otro negro, los conducían alrededor de la tierra que tenían elegida, señalando sus límites. Los trazos así operados constituían el límite legal, al que llamaban *zagon*. Cada aldea tenía su *swoboda* (esto es, sus derechos como entidad aparte); cada una de ellas disponía de su pieza de bosque... su lugar sagrado en medio de este bosque... y su sitio particular para la asamblea pública”.

Los eslavos no llevaron a cabo hazañas espectaculares como el saqueo de Roma, ni, por otra parte, chocaron en mortal batalla con el occidente, como los hunos en Chalons. No emplearon métodos de Blitzkrieg, que es fuerza que al cabo produce un receso igual en grado y violencia a la inicial acometida invasora, sino que conquistaron por su tarea colonizadora, llegando a cobrar posesión de vastas áreas de Europa.

El método eslavónico de conquista aparece claramente en el ejemplo de Bulgaria. Allí ocuparon los eslavos el distrito que se extiende entre el Danubio y el Mar Egeo, absorbieron los aborígenes tracio-ilirios, y se establecieron en comunidades como las descritas por Mickiewicz. Pero no tardó en verse interrumpida la apacibilidad pastoral de sus vidas, pues una horda de nómadas de matiz turcoide, venidos de oriente y llamados búlgaros, invadieron su dominio. Dotados de talento organizador, los recién venidos estructuraron la población eslava en un organismo político que se desarrolló, con el tiempo, hasta constituir un Estado primitivo. Éste no recibió el nombre de Eslavia, que hubiera sido el adecuado, teniendo en cuenta el carácter de la gran masa de población, sino el de Bulgaria, tomado del de sus organizadores.

Y a pesar de ello el Estado fué eslavo. Por su arte, por su lenguaje, por su religión fué eslavo, en tanto que su economía prevaleciente se fundaba en la característica *zadruga* eslavónica, o comunidad aldeana, cuyo prototipo se encuentra hasta el día presente no sólo en Bulgaria, sino en todo el mundo de Eslavia.

Así los eslavos conquistaron a los elementos externos a su raza mediante la absorción, y les comunicaron el molde especial de su pensamiento. Análogo proceso tuvo lugar repetidas veces en cada tierra eslavónica; en Polonia se consiguió la acabada polonización, durante los siglos XV y XVI, de grandes masas germánicas, y en Rusia acaeció una absorción parecida al crear los varangianos, oriundos de Escandinavia, en el valle del Dnieper, un Estado no escandinavo, sino eslavónico. Esta facultad de *dominar efectivamente* al paso que *no ofrezca tacha el sometimiento exterior*, es una inmortal característica racial de los eslavos. Y causa reiterada de desconcierto para más de un pretendido conquistador de Eslavia; y cabe tener por seguro que ese método continuará frustrando las mismas ambiciones para siempre jamás.

Hay muchas preguntas inevitables en lo que concierne a la cuestión eslava, pero la primera y principal es ésta: ¿Existe una cultura eslavónica? ¿Desarrollaron los eslavos, para decirlo más despaciosamente, durante el curso de los largos siglos de su historia, una cultura típicamente suya, de que todos participen en sus desparramados hogares, al modo que lo realizaron los latinos, los germánicos y los anglosajones?

Cien años ha, Talvj, primero entre los eslavonistas norteamericanos, observó, al leer las lecciones de Mickiewicz sobre literatura eslavónica, que dicho autor presentaba a la raza de este nombre como en posible candidatura. Se dió cuenta de haber él patentizado que un "quid eslavónico" existía ciertamente, Talvj describió ese "quid" particular como "fuerza": una fuerza interior, espiritual.

El tema de la existencia de ese "quid eslavónico" atrajo a más de un docto opinante desde los días de Talvj y Mickiewicz; y ninguno de ellos ahondó más en la materia que el fundador de Checoslovaquia, Tomás Garrigue Masaryk. Eslavo como era, y sobre esto analizador agudo de la mente de su raza, Masaryk expresó la convicción de que aun al cabo de veinte centurias de verse dispersa y desbaratada sobre el haz de la tierra y de hallarse expuesta a influencias mutuamente hostiles e irreconciliables como la mongólica, la turca y la germánica, la familia eslavónica sigue siendo una efectiva familia, con calidades característicamente propias y eslavónicas. Tras negar la existencia de un tipo físico eslavo —ya que unos eslavos son rubios y otros morenos, éstos de cabeza alargada y estotros de cabeza redonda—, Masaryk afirma, sin embargo, la existencia de un tipo psicológico eslávico. Son los eslavos, en su masa general, declara, hipersensibles

e hipersentimentales. Pasan, más rápidamente que otras stirpes, de extravagantes ápices de deleite a abismales simas de desesperación, y experimentan movimientos emotivos que otras razas, especialmente los anglosajones, no conocen y con dificultad aciertan a penetrar. Tal emoción recibe en polaco el nombre de "żał". Según el escritor polaco Przybyszewski, "żał" es "un sentimiento de pesar y melancolía, trezado con la memoria de cosas pretéritas embelesadoras del corazón y que ya no existen: un perpetuo anhelo, imposible de apaciguar, que roe el alma; una eterna memoria obligada de algo que fuera imposible conseguir, desesperado ensueño de un hogar distante que ya no se ofrecerá de nuevo a la mirada, de gentes a quienes no hay esperanza de encontrar otra vez; cavilación acerca de sumergidos esplendores, bellezas desvanecidas y alegría y felicidad que regocijaron la vida y partieron para nunca más volver".

Los eslavos, además, en opinión de Masaryk, son desiguales en su actitud hacia el saber: así los componentes de su *intelligentsia* son más bien, por lo común, excesivamente cerebrales; mientras que, por otra parte, grandes masas dan resultado negativo en cuanto al acogimiento de la cultura difundida por el libro.

La cualidad que, empero, muy por alto de todas las demás, poseen todos los eslavos sin excepción, es el amor apasionado al suelo. Todos los eslavos, de alta y baja latitud, rusos, búlgaros, polacos, checos u otros cualesquiera, son como el sumo virtuoso de Polonia, Federico Chopin, de quien se dijo que llevaba en su seno, cuidadosamente cosido en carterilla diminuta, un fragmento del suelo nativo, que así guardaba cerca del corazón. Cada eslavo tiene esa real presencia de su suelo de origen en su seno, y le es más querido que cualquier otra cosa viviente, más aún que la mujer amada o que la madre. Cuando, pues, Herr Frank, el denominado Gobernador General de Polonia, declaraba, en 15 de agosto de 1940, en el Teatro Viejo de Cracovia, que "los límites acá, en el oriente, son inestables porque el campesino polaco no tiene ni tuvo jamás —opuestamente al alemán— trato emocional con la tierra, ni es capaz de amar a ésta, por ser los polacos en el fondo nómadas o vagabundos", hacía evidente su desconocimiento del eslavo, al mismo tiempo inexcusable y —queremos predecirlo— fatal.

Sobre amar el suelo por encima de todo lo imaginable, posee el eslavo su propia concepción de la intimidad del hombre con él, y en ello vemos

el principio básico que sustenta una de las más características y originales contribuciones eslavas a la cultura universal.

“Las occidentales ideas de propiedad —declara el filósofo ruso Berd-yayev— fueron siempre ajenas al pueblo ruso; y aun no las comprendió sino débilmente la misma aristocracia. El suelo era de Dios; y a todos los que lo labraban y se atrafagaban en él asistía el derecho de gozar de su uso. Así, desde el mismo comienzo, tal ingenuo socialismo agrario fué norma aceptada entre los campesinos rusos”.

Igual puede decirse, nos permitimos añadir, del campesino eslavónico dondequiera que se hallare.

“La sociedad eslavónica fué original —dijo Adán Mickiewicz—, distinta de la organización céltica distribuida en clanes o los imperios idólatras del Oriente, distinta de la sociedad hendida en castas de la India, distinta de las monarquías de Occidente. Su unidad característica no fué la ciudad, como acaeciera entre los griegos y romanos, ni la capital, ni el castillo, ni siquiera el templo. Su núcleo, su foco germinal, fué, sencillamente, la aldea. Una *spólka rolnicza* (combinación agraria) fué el organismo primitivo que allegó a unos eslavos con otros. Jamás dados a la montaña, prefirieron los lagos y los ríos, los bosques y los valles, las modalidades arables del suelo, en una palabra; y consideraron éstas como algo que Dios les prestara para mantenimiento de sus cuerpos”.

Como Herder lo fraseara “la tierra estuvo siempre encantada de que la ocupara el eslavó”, quien jamás la consideró como demarcada para su exclusivo goce, y mucho menos para el saqueo; sólo estaba destinada a que la hiciera objeto de servicio, mejora y amor, y en realidad de verdad la deificara, al modelar su vida comunal y personal al albedrío de los modos que ella sugería.

La idea eslavónica de la propiedad del suelo era de tal naturaleza que en vez de prestarse a la existencia de derechos territoriales traspasando la herencia de generación en generación, no creía el eslavó que la propiedad del suelo hubiera de pertenecer propiamente estabilizada en manos individuales ni siquiera durante el trecho de una sola existencia, siendo efecto de tal común sentimiento la periódica redistribución del terruño conocida por el nombre de *obshchina*, mediante la cual toda la tierra era de tiempo en tiempo devuelta a una unidad conjunta, y de nuevo en terrazgos asignada por la comunidad. Para tal atribución, como para cualesquiera relaciones humanas, el eslavó consideraba la comunidad como cen-

tro y foco de vida, opuestamente a la tradición occidental, que asigna en tal condición al individuo. Mucho antes de que la idea de ello fuera manifestada en estas o parecidas palabras, sintió el eslavo por modo instintivo, y a ello ajustó sus acciones, que el grupo era más importante que el individuo, la mente del grupo más inspirada e intensa que la individual, y la voluntad del grupo, superior.

Además de sustentar ideas únicas sobre la propiedad, los eslavos las abrigan igualmente únicas en lo concerniente a la relación de la humanidad con lo divino y lo sobrenatural. Vemos a éstas presentes en las más antiguas manifestaciones de la cultura eslavónica.

El eslavo pagano concebía el universo al igual de un campo de batalla en que incesante, irreconciliablemente, se entablaba un conflicto gigantesco entre dos poderes opuestos, *luz y oscuridad*. De esta suerte, la religión mediante la cual el eslavo se mantuvo en pie durante las sombrías edades en que sólo se hallaba sometido a la interacción de su propio ser y las cosas que descubría en los dominios de la naturaleza, era un intenso, netamente diseñado dualismo, con el Bien y el Mal, la Luz y la Oscuridad, como protagonistas invisibles, pero percibidos íntimamente. Jamás fué el eslavo adorador de ídolos. Hubiérase dicho que conocía de instinto que lo divino en modo alguno puede celarse, aprisionado, en un pedazo de madera o piedra. Tampoco fué el eslavo constructor de templos; y mientras se halló abandonado a sí mismo, manifestó pocas ganas de símbolo alguno visible de la fe interior, *e incluso de cualquier sacerdocio organizado*. Dejando aparte los parajes en que su molde nativo fué alterado por efecto de la influencia germánica, la Eslavia pagana careció por completo de casta sacerdotal, lo propio que de grandes templos o altares. El famoso templo eslavo de Arcona en la isla de Rügen, dominando el Báltico, con altares y sacerdocio organizado, no era intrínsecamente eslavónico, sino perfeño copiado de vecinos germánicos y escandinavos. El eslavo, con su temperamento sensitivo, imaginativo, un tanto inconformista, nunca sintió la necesidad de personificar sus indicios de lo divino en forma tangible. Directamente experimentaba lo divino y lo sobrenatural.

Esta cualidad hizo pasar al eslavo en diferentes períodos de su historia por anarquista en religión, pues cada vez que las formas religiosas exteriores representaron un estorbo en la senda de lo que sentía ser Dios mismo, les volvió la espalda y se abrazó a la pura revelación. Esa capacidad del eslavo para someter su trato con el universo a una propia inti-

ma luz creadora, se advierte claramente por vez primera en la traza eslavónica del movimiento conocido por Boguimilismo.

Mil años ha, en el siglo X de la era cristiana, centuria notable por el soliviantamiento creativo de Eslavia, bastante poderoso para dar el ser a los dos grandes Estados de Polonia y Rusia, la rama meridional del eslavismo sufrió un período de violento receso y decadencia. Durante años el Estado búlgaro bajo el cetro del Zar Simeón había impuesto su voluntad al pueblo, y Bulgaria había cobrado apariencia exterior de Estado brillante. Por dentro, sólo encerraba una hirviente masa de miseria y descontento. Así pues, al morir Simeón en 927, cayó rápidamente su Estado en añicos, y el orden, entre los eslavos del Mediodía fué reemplazado por el caos.

Una de las novedades a que más había objetado el pueblo en vida de Simeón era la ajena forma de culto que se les había impuesto. La religión de Estado, griega en su concepto y su forma, violaba el culto que el pueblo había ido desarrollando para sí a través de la revelación y de una experiencia indomeñada por los tiempos. Muerto Simeón, el pueblo rechazó aquella religión inadecuada. Vastos números de gentes huyeron a las montañas, impelidos por intuitivo acicate a volver al venero no sólo de toda vida, sino también de todo culto.

Precisamente en aquella sazón un santo de aldea llamado Jeremías, empezó a recorrer el país, predicando el amor de Dios; y los secretos anhelos populares cristalizaron alrededor de sus enseñanzas. Jeremías recitaba las verdades más sencillas, doctrinas que el pueblo podía comprender, y asimismo, comprobar por su experiencia racial y personal. A tal varón empezaron a llamar "Bogumil", que significa "Amor de Dios".

Bogumil aconsejó a su pueblo que se libertara de toda especie de religión formal, y considerara la vida sencillamente, como una vasta lucha entre el Bien y el Mal, en que el deber del hombre estribaba en buscar la armonía con las fuerzas cósmicas del Bien. Enseñó la perfección personal, la rectitud ética y la independencia frente a toda autoridad, salvo la divina. La nueva enseñanza era en realidad antigua en el sentir eslavo y cundió como aventado fuego entre la desdichada, ansiosa masa popular. Y apreciaron sus gentes esa doctrina como la revelación del camino de regreso a los principios iniciales de su nativa, informal, simplicísima cultura dualista.

Similar reversión a lo eslavónico vemos de nuevo en Bohemia, culminando a principios del siglo XV, y en Rusia, al clarear el siglo XVIII.

Cuando la religión había dejado de ser vital, cuando se había convertido en formalista, identificada con el germanismo y la adoración del Emperador y la excesiva civilización y urbanización, Pedro Chelčický, simple laico bohemio, halló el camino de regreso a la religión verdadera, y tras haberlo iniciado para sí, empezó a enseñárselo a su prójimo de los campos en sermones y simples alegorías. Permeadas estaban sus enseñanzas por esos principios que los eslavos dan instintivamente por buenos: el amor de Dios, el amor de la naturaleza, la sencilla fraternidad cristiana. Chelčický no tenía el menor propósito de inaugurar un "movimiento", como jamás lo tuviera Jeremías Bogumil; al igual de éste se limitaba a seguir los dictados de su alma eslava. Sin embargo, como Bogumil, Chelčický determinó el enorme avance de un gran movimiento: esto es, el vasto emerger del pueblo bohemio en defensa de su derecho a permanecer eslavónico, ese que hoy llamamos Movimiento Hussita.

A la vuelta del siglo XVII Pedro el Grande fué afortunado en la empresa de convertir a Rusia por arte de birli-birloque en nación occidental; afortunado menos cuando sus reformas empezaron a interferir en las vidas particulares de sus súbditos, aldeanos eslavónicos. La mayor parte de las reformas petrinas no consiguieron rozarles perceptiblemente; pero sí llegó a inquietarles una serie de ellas, la concerniente al apoyo que diera a la corrección de los libros litúrgicos de la Iglesia Ortodoxa.

El pueblo ruso había venido, a través de siglos de experiencia racial, a identificar la Iglesia Ortodoxa con sus propias aspiraciones y anhelos, latentes en la raza y el hombre. La Iglesia Ortodoxa era para ellos una columna de fuego que conducía a la ciudad de Dios. De manos de Dios les había llegado y era por su divino origen perfecta, inalterable, completa. Por ello al proponer el Patriarca Nikon en 1694 la enmienda de ciertas desviaciones en que incurriera la liturgia ortodoxa, olvidadiza de sus modelos griegos, el pueblo se estremeció. Para ellos la idea de corregir lo que, por divina revelación, era perfecto, constituía un sacrilegio. De él se apartaron, recogiendo en la defensa de los libros, en su conocido estado, letra por letra. Sintiendo traicionadas por los guías espirituales en quienes habían depositado su confianza, las gentes del pueblo se incautaron de lo que para ellos era religión verdadera, y con tal creencia se retiraron a lo soterraño, buscando, a la luz de la revelación, los parajes

de Kitez, esa ciudad de Dios que yace enterrada en paraje desconocido, debajo de un lago. Como el Bogumilismo en la Eslovia meridional y el Hussismo entre los eslavos centrales, el movimiento de los viejos creyentes en Rusia significó una instintiva "huída a lo eslavónico".

Una de las convicciones primordiales, imposible de descuajar, del eslavo, es su creencia en el poder del mundo invisible para actuar directamente sobre éste en que moramos, abierto a los sentidos. Cada vez que el occidental, con su pasión típica de organizar la vida y comprimirla en rígidos moldes, crea una institución que obstaculice ese directo funcionamiento de lo sobrenatural, el eslavo repudia, invariablemente, tal institución. Vimos un ejemplo de ello en Eslovaquia, poco después de la primera Guerra Mundial, cuando, en la aldea de Kolcove, junto a los hitos de la Rutenia subcarpática, tuvo lugar un alzamiento de masas contra la Iglesia porque ésta (la Católica Romana), rehusaba confirmar y amparar con su bendición la imagen milagrera de la Virgen María que prodigiosamente se había aparecido en medio de ellos. Cesadas las hostilidades se produjo un grave hueco en las vidas de las gentes sencillas, piadosas de Eslovaquia. Antes de la guerra había seguido el pueblo la costumbre de ir en peregrinación a un santuario de la Virgen sito en María-Pocs, Hungría; pero el acceso a él les fué cortado por los reglamentos de frontera, y sus almas clamaban en necesidad afanosa de que el triste vacío fuera colmado. Vino el consuelo, en revelación directa a uno de sus propios aldeanos, y tomó la forma de la Virgen de Lourdes. Creyó el pueblo que su aldea había sido escogida por la Virgen gracias a su carácter de comunidad piadosa, temerosa de Dios, lo que ya no sería Lourdes; y acogieron a la Virgen en sus corazones. Y no hubo modo, ni por tenaz oposición de la Iglesia, ni siquiera por la atribución a mal uso, por ciertos fiduciarios, de dineros reunidos para la erección de un templo adecuado, de que el pueblo se apartara de la directa, perceptible respuesta del mundo invisible a la necesidad de sus vidas. Nada puede formalizar, desespiritualizar permanentemente la pura, directa intimación de lo divino con que es favorecido el eslavo.

Elemento poderoso del carácter eslavónico, presente sin intermisión, es el ideal de igualdad. En el ánimo eslavo la igualdad es un instinto, no una convicción. Pudo ocurrir a las veces que su pasión igualitaria descalzara y arrastrara su buen sentido, según pudo verse en Polonia cuando el parlamentarismo a la deriva dió para su desastre con el arrecife de la

más extremada expresión de igualdad: el libre veto (*liberum veto*) en virtud del cual un solo voto disidente bastaba para interceptar una decisión y desbaratar la máquina parlamentaria. Pero, generalmente hablando, el instinto indeficiente del eslavo en pro de la igualdad como inspiradora de las relaciones humanas es una de las grandes fuerzas al servicio del bien. Mickiewicz pudo desarrollar con gran riqueza su definición del concepto eslavo de la igualdad en esas lecciones sobre literatura eslavónica que cuidamos de rememorar.

Dijo por ejemplo Mickiewicz, que la honda razón, la razón fundamental para la sangrienta revuelta de los cosacos en el siglo XVII contra la dominación polaca no fué, como la moda actual se complace en repetir, el deseo cosaco de ver las tierras y dineros equitativamente distribuidos entre todos. El cosaco, al igual que todos los eslavos, cavila escasamente sobre negocios de la índole de la propiedad de la tierra o la posesión de moneda. La tierra y el dinero son de Dios, no del hombre, en resumidas cuentas. Pero el cosaco, al modo de cualquier verdadero eslavo, se preocupa muy mucho de la igualdad esencial, esto es, de la verdadera equivalencia entre un hombre y otro hombre cualquiera, y este tipo de igualdad sobrepasa los meros derechos de propiedad o de goce de un acervo de numerario.

Según Mickiewicz, se sintió el cosaco agraviado por el aislamiento espiritual en que él, atento a la labranza del suelo, hubo de encontrarse cuando la sociedad fué convirtiéndose en rígida y estratificada, y ya el señor y el campesino dejaron de trabajar y holgarse en compañía, interrumpiendo la asociación armoniosa para bien de entrambos en el cultivo del suelo sagrado. Cuando señor y labriego, en los días de antaño, convivían en tal consorcio, la vida para uno y otro había revestido belleza y nobleza; mas al hallarse el labriego privado de la participación espiritual en la labor común, no acertó a sobrellevarlo, y se rebeló. Vi yo mismo la prueba de lo que Mickiewicz nos dió a entender, unos días antes del aciago 1º de septiembre de 1939, en uno de los dilatados dominios de la Polonia oriental. Caía la tarde del primer día de la cosecha, tiempo de solemne pero jubiloso ceremonial en los tiempos de antaño, en que el señor y el labriego eran de veras coparticipantes en un gran desempeño. Mas ya todo el sentido tradicional se había evaporado; y cuando las muchachas campesinas llegaron al castillo con las primeras mieses de la nueva añada, no perduraba el menor vestigio de parentesco entre los antiguos socios; cantaron

ellas la canción de la cosecha, y el señor mozo las saludó y, deferente a una indicación de su madre, les arrojó un billete de veinte zloty. Y conociendo yo al eslavo, sabiéndole capaz de soportar cualquier penalidad con la sola condición de que no falle la presencia del místico elemento de la igualdad espiritual, me sentí visitado por un presagio: aquella sociedad, me dije, no acertaría a soportar una prueba muy dura. Y, en efecto, no la soportó. Antes de que hubiera transcurrido un mes, esos paisanos daban su inconsiderada bienvenida al Soviet invasor cuyo grito de guerra se les antojó resonancia del de sus propios corazones: Igualdad.

Sumamente arduo fué el proceso que al fin permitió al elemento eslavónico dejarse transparentar en la literatura formal.

Sólo en el siglo XIX empezó éste a prorrumpir a través de las convenciones importadas del extranjero, y a ejercer una influencia creadora en la actividad literaria de Eslavia. Tardanza que se produjo aún siendo los eslavos una raza de cantores, como su rico repertorio de canciones populares y leyendas tradicionales claramente patentiza; y en sus dominios aun el más sencillo de los labriegos demuestra vocación de narrador. Saca éste sus historias del suelo mismo que le sustenta, y a menudo, en sus improvisaciones, busca en el viviente libro de estampas de la naturaleza las imágenes ilustrativas. Mickiewicz en una de sus lecciones refiere el caso de un aldeano narrador de consejas que recurría a estos modos vivaces: al llegar, por ejemplo, al paraje de su cuento en que debía describir una pluma mágica, dotada de la facultad de despedir luz, solía arrojar al fuego un puñado de briznas secas, de suerte que las llamas saltaran hasta el techo, llenando la pieza de súbito resplandor, como hubiera hecho la pluma; o, en otra ocasión, al mencionar un castillo encantado, cuyas altas paredes eran de cristal, íbase corriendo a abrir la puerta de su cabaña y descogía a la mirada el cielo de invierno, cuajado de estrellas y centelleante como las mismísimas paredes del castillo que parecía en el cuento.

En Polonia, Bohemia y Rusia, sus románticos del siglo XIX fueron los primeros escritores eslavónicos que hallaron su inspiración en el elemento eslavo que tenían heredado, muchos de ellos, con todo, sólo después de servir en aprendizaje bajo la Musa Clásica, de lo que pasaron a experimentar una especie de transfiguración eslavónica. Fué la llamada "Escuela poética ucrania" con Malczewski, Zaleski, Goszczyński, y el propio Slowacki, que de hecho pertenece a este "grupo", la que propiamente confirió a la poesía el paraje triunfal de la Musa eslavónica, la estepa de

Ucrania. Mickiewicz fué ciertamente poeta eslavónico en cuanto ejemplifica la cualidad eminentemente eslavónica: el místico sentido de parentesco entre el mundo visible y el invisible, y la interacción mutua de entrambas partes del universo único. Tal se demostró Mickiewicz especialmente, como es natural, en el largo ciclo *Dziady* (Los Antepasados), que viene a ser una especie de autobiografía espiritual entreverada con elementos tomados de un festival popular, en observancia todavía en la aldea eslavónica, de comunión de los vivos y los muertos, celebradero en la noche de Todos los Santos.

Un elemento del temperamento eslavónico falta explicar, y precisamente el más evasivo y el más renuente a su declaración en palabras.

Este elemento es el mesianismo.

En cuanto suena la palabra mesianismo, se piensa instintivamente en Polonia, pues al fin son los filósofos y poetas de Polonia quienes desarrollaron este concepto característicamente eslavónico hasta su logro más completo; y ellos son, además, quienes lo adaptaron concretamente a un definido grupo nacional de la familia eslavónica.

La esencia del mesianismo polaco es la siguiente: Polonia, por efecto de sus sufrimientos como nación, alcanzó un grado más relevante de refinamiento espiritual que las demás naciones, y por lo tanto es capaz de percibir verdades todavía no reveladas a naciones más dichosas. Polonia, pues, vendría a ser el Copérnico del mundo moral; y así como Nicolás Copérnico percibió el principio rector del mundo físico, así Polonia, por obra y virtud de la espiritual segunda vista, don consiguiente a su dolorosa carrera, se da cuenta del principio que gobierna el mundo ético. Dicho principio se puede formular en estos términos: Quien más sufre, quien padece el martirio, vencerá a la postre y conducirá la humanidad a la salvación. Cristo cumplió esta misión por los hombres, Polonia la cumplirá por las naciones.

Tal es la doctrina del mesianismo según la elaboraron los polacos. Pero el mesianismo en modo alguno es exclusivamente polaco, sino, con perfecta holgura, eslavónico.

De ello encontramos pruebas en la obstinada creencia del campesino ruso en la misión de la Santa Rusia mediante el ministerio de la Iglesia Ortodoxa. Y parejamente las descubrimos en las reacciones, de continuo renovadas, de Eslovaquia contra el allegamiento a las ideas, formas y cultos surgidos en el extranjero. No cabe duda de que existe en el eslavó una

fuerza espiritual hasta el día casi falta de expresión en la cultura universal, pero de la que el eslavo, con todo, es inarticuladamente conocedor y de cuya expresión por sí mismo, en algún día venidero, se siente seguro; así como también está convencido de que el principio en que cree y que representa se convertirá en levadura del mundo, garantizando a los linajes de los hombres el advenimiento de un mundo mejor.

El mundo a cuya creación el eslavo dará una mano será labrado no precisamente como la catedral gótica *anhelante del cielo*, que es el patrón de nuestra cultura occidental, mas de todos modos brillará en él la unidad. La forma que adopte será la anchurosa, holgadísima, sorprendente llanura eslavónica; y la *vida fraternal* se deslizará por ella en toda su belleza. El "yo" de nuestra cultura occidental cederá el paso al "nosotros" del eslavónico.

Cree el eslavo que es misión suya conseguir que tal vida acaezca, y su anhelo se dirige enteramente a dicho fin. Hay en la Esllavia una fuerza profunda, regeneradora de que hasta el presente sabe el mundo muy poco, pero que Dostoievski sintió y quiso ansiosamente infundir en los bellos monumentos de la cultura occidental, dándoles nueva vida y... salvando el mundo.—(Continuará.)

ARTHUR PRUDDEN COLEMAN

(Traducción de José Carner.)